

humanitas

Vol. IV

IMPrensa DA UNIVERSIDADE DE COIMBRA
COIMBRA UNIVERSITY PRESS

FACULDADE DE LETRAS DA UNIVERSIDADE DE COIMBRA
INSTITUTO DE ESTUDOS CLÁSSICOS

HUMANITAS

VOL. IV (NOVA SÉRIE, VOL. I)



COIMBRA
MCMLII

Na	pág.	632	<i>ΕΙοένη</i>	em	vez	de	<i>ΕΙρήνη</i>
»	»	634	<i>Ἡρακλής</i>	»	»	»	<i>Ἡρακλής</i>
»	»	638	Melelau	»	»	»	Menelau

O *Dicionário Português-Grego*, cuja utilidade imediata é menos óbvia que a do seu inverso, não me interessou tanto. Assim mesmo, encontrei lá: s.v. *infindo* v. *infinito*, embora esta palavra se não encontre no vocabulário português-grego; *infinitude* = *απε^α*, embora *απειρία* só tenha na parte de grego-português o sentido de «inexperiência, ignorância»; na pág. 33, s.v. «*cabreiro*», vem *αἰπολος* em vez de *αἰπόλος*; na pág. 9, s.v. *alcova*, vem *κενθος* em vez de *κεῦθος*; em *contemporizar* remete-se para *comprazer* que não encerra todos os sentidos contidos em *contemporizar* (onde está a ideia de *adiar por conveniência?*); dispensavam-se os plebleismos *xato*, *xatear*, *xatice*, para mais escritos com «x»...

Ficamos esperando uma segunda edição do *Dicionário Grego-Português* com o número de páginas do actual volume Grego-Português e Português-Grego. Entretanto, manifestemos ao Rev. P. Isidro Pereira a nossa simpatia pelo esforço que deve ter dispendido no trabalho, sempre ingrato, de dicionarista, e afirmemos-lhe que os reparos aqui feitos, são menos censuras de crítico, que achegas de colaborador officioso.

AMÉRICO DA COSTA RAMALHO

Manuel Olguin. — **Marcelino Menéndez Pelayo's Theory of Art, Aesthetics, and Criticism.** — University of California Publications in Modern Philology.— volume 28, n.º 6, pp. viii + 333-358. — University of California Press Berkeley and Los Angeles. 1950.

Marcelino Menéndez Pelayo, el Maestro por antonomasia de las Letras españolas, el coloso de la Crítica literaria, fué siempre una riquísima mina de temas a considerar: sus obras constituyen un filón inagotable de estudios capaces de provocar otros nuevos, que no en vano fué polígrafo eruditísimo y artista de la interpretación y del juicio literarios. Quien se da el placer de leer y releer sus páginas asombrosas, tiene la deleitosa impresión de estar contemplando un desfile interminable de ideas, puntos de vista, comparaciones, etc. del mundo multicolor de las Letras, especialmente, las Hispanas.

Por eso tenemos en Don Marcelino todo un cosmos de sugerencias, que irán dando lugar a otros universos de estudios y trabajos, bien sobre las propias ideas

del Maestro, entretejidas aquí y allá en la trama de sus exposiciones y críticas, bien en nuevos modos de sentir y pensar sugeridos o basados en las meditaciones que inevitablemente provocan las obras de aquél.

Ya contamos con profundos estudios sobre Menéndez Pelayo y su obra, salidos de mentes señeras en el campo de la Filosofía, de la Historia, de la Literatura, de la Crítica literaria, etc., nombres conocidos de sobra por quienes se dedican con amor a la ciencia de las Letras. Pero el desfile no puede cesar, porque hay todavía muchos aspectos, muchas ideas en su interpretación de la Literatura, el Arte o la Historia insuficientemente estudiados o ni siquiera comentados.

De ahí que merezca una jubilosa bienvenida el trabajo que acabamos de leer y al que nos vamos a referir en estas líneas fugaces. La Universidad de California, tan alerta siempre a los valores hispánicos, que antaño brindaron su savia espiritual a aquella región norteamericana, nos ofrece hoy este fruto de meditación que Manuel Olguín consiguió sobre una faceta, aun sin sistematizar, del pensamiento de Menéndez Pelayo : el de la Estética, la Teoría del Arte y la Crítica.

El trabajo del Prof. Olguín está dividido en los apartados siguientes: Prefació. — I El hecho estético y la Teoría general del Arte. — II Estética. — III Crítica. — IV Sumario. Epígrafes todos que por sí solos invitan a una lectura demorada, y mucho más cuando se trata de estudiar tales asuntos en la obra del Maestro.

— En el Prefacio, el A. se hace eco de la trascendencia y enorme categoría que todo el mundo culto concede a Menéndez Pelayo, a quien aquél considera como «*the paramount critic and historian of literature, aesthetics, and philosophy*» del siglo xix en España. Nos recuerda los estudios de Menéndez Pelayo en Barcelona, y pone de relieve el hecho de que hubiera ganado la cátedra de Literatura española en la Universidad de Madrid, a los veintidós años de edad. Es acertado por parte del A. poner a la vista de los lectores un detalle tan extraordinario de la vida académica de aquél cuyas ideas estéticas trata de estudiar. Es un antecedente importante para que sepamos el valor que pueden tener las palabras que vamos a ver comentadas e interpretadas en los apartados que siguen.

Y si tenemos en cuenta, según nos recuerda Olguín, la enorme producción de Menéndez Pelayo, aun nos asombraremos más de la calidad de sus numerosas publicaciones y, sobre todo, del agudo sentido de valoración estética que penetra y vivifica a todas ellas, por más eruditas que sean. El A. señala ,muy certeramente a nuestro juicio, una de las características más interesantes de Menéndez Pelayo: su amor por la Estética, cuyo conocimiento consideraba como indispensable para todo estudioso de la Literatura. En efecto, ya en la «Advertencia Preliminar» de su ingente «Historia de las Ideas Estéticas en España» nos dice que «detrás de cada hecho [literario], o, más bien, en el fondo del hecho mismo, hay una idea estética,

y a veces una teoría o una doctrina completa, de la cual el artista se da cuenta o no, pero que impera y rige en su concepción de un modo eficaz y realísimo».

De ahí que el Maestro crea de necesidad inmediata para sus alumnos el estudio de la Estética, porque, según él, mal se puede calar hondo en la obra de arte si no se es capaz de descubrir y valorar la doctrina que late dentro de toda producción artística, a conciencia o no, del artista que la haya producido.

Y como él se sentía responsable del conocimiento de Estética que sus alumnos de Literatura debieran tener, se lanzó a la tarea ímproba de escribir la obra arriba citada, como introducción a los estudios literarios, pensando siempre en que «al crítico y al historiador literario toque investigar y fijar, estén escritos o no, los cánones que han presidido el arte literario de cada época». En esta misma obra prometió escribir un Epílogo con la sistematización de sus propias ideas estéticas ; no llegó a hacerlo, y, por tanto, estas ideas tenían que buscarse a lo largo de innumerables páginas.

He aquí la gran contribución que supone este trabajo de M. Olguín: nada menos que darnos un sistema de las ideas estéticas de Menéndez Pelayo. ¿Y es posible una verdadera sistematización de tales ideas en quien sintió siempre una tremenda pasión por la evidencia histórica rigurosa? Sin duda, afirma el Prof. Olguín, convencido de que también Menéndez Pelayo estaba interesado en los sistemas y principios generales de Estética. Ejemplo al canto, dice el A., el Epílogo prometido por el Maestro, uno de cuyos epígrafes dice así : «Principios fundamentales de esta ciencia [Estética] que pueden considerarse como ciertos. Esperanza de una futura construcción sistemática de la teoría de la belleza».

Seguro de esta convicción, Manuel Olguín recorre sin cansancio y avizorador las páginas de Menéndez Pelayo, para construir, con solidez, la teoría estética que éste no llegó a formular en cuerpo de doctrina, pero que sembró por toda su obra con esmaltes del más subido valor.

En el primer capítulo o apartado recoge el A. 10 que para el insigne polígrafo sería la teoría general del Arte, y nos hace ver con claridad cómo esa teoría descansa en el concepto fundamental del fenómeno estético, que para Menéndez Pelayo consiste en una síntesis indivisible de dos elementos: materia y forma. Por materia entiende todo el contenido de la obra de arte, originado, directa o indirectamente, en la experiencia. Considera, en cambio, a la forma como una especial facultad creadora y organizadora que somete las ideas a un orden y estructura originales, capaz de formar un sistema.

Bien advierte el prof. Olguín que si bien no se trata propiamente de una definición de la forma estética, sino más bien de la forma filosófica en general, es aplicable a la estética, teniendo en vista la obra de arte considerada en sí misma. El autor de este trabajo nos lleva a comprender como para Menéndez Pelayo el verda-

dero artista posee y ejerce esta función espiritual que le hace extraer las ideas universales y eternas de las manifestaciones concretas y particulares de la materia. Partiendo de esta base, Menéndez Pelayo juzga la obra de arte, dice Olguín, como la conjugación de dos factores : la actividad del artista — espiritual y libre — y el contenido empírico del mundo fenoménico. Por lo cual, esa obra de arte, es, de un lado, objeto del estudio científico, en tanto *materia*, y del otro, objeto de la especulación filosófica, en cuanto *forma* o *valor espiritual*.

Desenvolviendo con cuidado estas ideas básicas y comparándolas con las teorías estéticas opuestas y semejantes, y apoyándose siempre en atinadas citas de Menéndez Pelayo, nos acerca el A. a la conclusión de que la teoría del Arte es en el polígrafo santanderino una interpretación final teológica. Y para llegar a ella nos recuerda las ideas eslabonadas que parten del concepto del hecho estético, tales como éstas : el artista ha de buscar lo eterno e ideal de la forma en el mundo de la materia ; ambos mundos están indisolublemente unidos en la obra de arte, como nacidos a un mismo tiempo en la mente de aquél que la creó. Y todo esto dentro de la más plena libertad para el creador, el cual, por otra parte, no debe servir a ninguna ideología concreta y determinada.

Así se nos ofrece un Menéndez Pelayo partidario del arte por el arte, en tanto en cuanto esto suponga el derecho del artista a crear, desprendido de toda influencia doctrinal extraña al arte en sí mismo. Pero como, por otro lado, el artista ha de extraer su propia forma del mundo fenoménico, resulta que el hecho estético plasmado en la obra de arte, participa así de lo universal y eterno y de lo particular y concreto sintetizados en una unidad artística indivisible.

Nos aclara también Olguín la posición estética general de Menéndez Pelayo, opuesta a la moralización del arte, al falso idealismo y la tradicional lucha idealismo-realismo. Lo primero, porque el artista auténtico sólo debe estar al servicio de su propia idea estética concebida y realizada libremente; lo segundo, porque el hecho estético es una síntesis inseparable de materia y forma, y lo tercero, porque idealismo y realismo no pueden oponerse, sino completarse, inevitablemente, como elementos concurrentes en la obra de arte.

Para llegar a la interpretación teológica, resalta Olguín en su trabajo la identificación de los conceptos estéticos de Menéndez Pelayo con los dogmas cristianos de la Redención y la Revelación; por eso, para el A. la esencia del hecho estético de aquél se resuelve en último extremo en la unión de Dios con sus criaturas, a través de la Redención realizada por Cristo. Acaso sea extremar demasiado las conclusiones del análisis. Realmente, no hace falta llegar a semejante identificación, basta con que consideremos el catolicismo insobornable de Menéndez Pelayo para explicarnos su interpretación: lo mismo que para Platón las Ideas residían en un lugar celeste y eran pálidamente reflejadas en las realizaciones terrenas, así para aquél

hay en todo fenómeno estético un *quid divinum* que procede directamente de Dios, que es la Suma Belleza.

Y no hace falta, en verdad, que para explicarnos esto busquemos antecedentes en otros estetas cristianos, como hace el A. al apuntar las lecturas que Menéndez Pelayo hizo de las ideas del jesuita Padre Felix, expuestas en París en 1867, y tan favorablemente comentadas por el Maestro. No hace falta, decimos, porque el concepto católico de la vida era suficiente para sentir y pensar como yo hacía.

La segunda parte del trabajo o Estética es un puntual análisis del Prof. Olguín sobre el concepto de Menéndez Pelayo en este campo. Para Olguín, y con razón, se deriva siempre de la concepción del hecho estético. El A. muestra las tres disciplinas que el polígrafo consideraba dentro de la Estética, a saber: *Metafísica Estética*, o ciencia de los principios generales de la belleza, considerada ésta como una realidad absoluta, como un valor; la *Física Estética*, o estudio de la belleza en la Naturaleza, es decir, como fenómeno; la *Filosofía del Arte*, o estudio de la belleza en el Arte, o como una técnica. Para Menéndez Pelayo, las tres son inseparables; únicamente la combinación de las tres es lo que constituye la auténtica ciencia de la Estética. El análisis que el A. hace aquí es interesante de un modo especial, porque va combinando con tino los argumentos que Menéndez Pelayo opone a la unilateralidad que supondría el admitir cualquiera de aquellas disciplinas como única Estética verdadera. Vemos, en efecto, por las líneas de Olguín, como aquél combate tanto a los herbartianos, por ejemplo, como a los positivistas de todos los colores. Su posición es siempre la misma: la Estética ha de contar con lo físico, lo fisiológico y lo sociológico igual que con lo ideal y espiritual, porque la obra de arte es una síntesis de todo ello, así como también el artista que la crea es a su vez un compuesto indisoluble de cuerpo material y alma espiritual, libre e inmortal.

Por último, en su tercer apartado, estudia el Prof. Olguín el concepto de Crítica en Menéndez Pelayo. Y de nuevo nos prueba que este concepto sigue las huellas del de la Estética, como no podía menos de ser en una unidad tan compacta espiritualmente como es el Maestro. Así para él no puede haber otra Crítica que la resultante de combinar los métodos científico y filosófico, ya que la apreciación de la belleza es al mismo tiempo intelectual y emocional, o, de otro modo, cognoscitiva y valorativa. De ahí que para hacer crítica valiosa sea necesario tener en cuenta las ramas siguientes: la crítica histórica, o estudio de las fuentes literarias y antecedentes sociales y culturales; la crítica filosófica, o trascendental; la crítica externa — bibliografía, lingüística, etc. — y la crítica interna o estética. Solamente conjugando estos factores se puede hacer Crítica de verdad. Analizando todos estos puntos, nos muestra Olguín la sólida argumentación de Menéndez Pelayo contra todos los modos de crítica que pretenden alzarse sobre el pedestal de un único punto de vista, con desprecio de los demás.

Mucho pudiéramos decir aún sobre este trabajo de Manuel Olguín, ordenado en el auténtico pensamiento de Menéndez Pelayo, y expuesto con sistema y claridad. Acaso no estemos de acuerdo con ciertas afirmaciones del autor — como la de considerar al Maestro más aristotélico que platonista, por ejemplo —, pero son detalles de tan poca importancia en este caso, que ni vale la pena señalar.

Lo importante es habernos dado, en su sobria y justa brevedad, un punto de vista general de la teoría estética de Menéndez Pelayo, que si éste no llegó a formular en organización sistemática, como pensaba, supo buscarlo y organizado el A. a través de una vastísima obra, con un trabajo y un esfuerzo que imaginamos tremendo, y agradecemos cuantos somos asombrados admiradores y estudiosos del Maestro.

Con éste sentimos esa interpretación teológica de la Belleza, según sus admirables palabras, que hacemos nuestras: «Dondequiera que se encuentre el sello de 10 genial y creador, allí está el soplo y aliento de Dios, que es el Creador por excelencia... dondequiera que atraigan nuestra vista ks perfecciones, ya naturales ya artificiales, allí encontraremos el rostro y las pisadas de Dios».

JOSÉ MARÍA VIQUEIRA

Carlo del Grande, *ΤΡΑΓΩΔΙΑ. Essenza e genesi della tragedia.*

Napoli. Riccardo Ricciardi Editore, mcmlii. xii + 342 páginas.

Através de urnas 250 páginas densas (as restantes 90 são consagradas a notas e índices), conduz-nos o A., sempre à vista de sólida erudição, a uma definição de *tragédia* nos seus valores essenciais.

Na realidade, o livro tem intenção e alcance mais largos do que poderia supor-se, ao ler o primeiro capítulo sobre a gênese da tragédia grega.

É a essência da *τραγωδία* como conceito que procura atingir-se, demonstrando, a par disso, como essa essência tem sido confirmada e nunca desmentida até pelos poetas modernos, incluindo o próprio Shakespeare.

Esta, a primeira intenção do livro; e a segunda — mostrar a oposição entre a mentalidade helénica e a cristã. Para Carlo del Grande, o Cristianismo caminha no mesmo sentido do Helenismo, mas supera-o. Os Gregos não podiam conceber um Deus que sofresse pelos homens, nem justiça divina que não fosse implacável, nem «salvação para a massa anónima, daqueles que os deuses não amavam».